

grande número, es decir, del pueblo infimo en estas bellas repúblicas, que tanto nos ensalzan. El pueblo era un rebaño mas digno de lamentarse, que nuestros mulos y nuestros asnos, bajo la mano de un puñado de hombres, muy dignos de los dioses que adoraban. Mr. el Instructor ha dicho, que los atenienses eran los mas humanos de todos los griegos con sus esclavos, es verdad; pero yo le ruego se acuerde que los filósofos atenienses discutian gravemente esta cuestion: Los esclavos son hombres, ¿tienen ellos una alma racional? Los que respondian sí tienen ellos alma racional, convenian con los otros en que esta alma no se les habia dado mas que para comprender las órdenes de su señor, y que ellos por naturaleza estaban excluidos de la virtud y de la felicidad.

Vengamos ahora á Roma. La poblacion de esa capital del mundo era de dos millones de habitantes; el mas ilustre orador, filósofo y cónsul de Roma, Ciceron, nos dice: que sobre este número de habitantes, no habia mas que dos mil ciudadanos que tuvieran alguna cosa y que fueran propietarios. Suponiendo que el número de los ciudadanos pobres subiera á noventa y ocho mil, lo que ciertamente es mucho; tendremos, que solo en Roma el número de los esclavos era de un millon novecientos mil, ó sea diez y nueve esclavos por cada un hombre libre; y no hay que admirarse, pues de que el famoso historiador Tácito, nos di-

ce que la mayor parte de los senadores y caballeros romanos tenian en sus palacios de cuatrocientos á quinientos esclavos, que las familias de los señores romanos habian venido á ser verdaderas naciones.¹

Esto era en la ciudad; mas la campiña que mantiene á la ciudad, como la ciudad (cuando ella no está habitada por locos) hace vivir y prosperar á la campiña; la campiña romana, pregunto, ¿por quién era cultivada? Por millares de millares de esclavos. ¿Y cuál era su género de vida? Esta vida dependia del humor del intendente de cada cuadrilla de esclavos. Este intendente era un esclavo á quien se habia dado la libertad, es decir, el mas orgulloso, el mas duro de los hombres, que queria comprar los favores de su amo á precio de dos sufrimientos y de la vida de sus subalternos. Este tirano tenia por ayudantes en su oficio de verdugo á algunos esclavos vigorosos, que querian granjear sus charreteras de libertos, y cada casa de campo tenia una provision de instrumentos de suplicio, de los que todavía encontramos en los escritores de Roma su espantosa descripcion. Estos honrados intendentes con sus oficiales, para alentar su gente al trabajo y formarla en la obediencia, hacian plantar por aquí y por acullá cerceos, de las que se colgaban á aquellos de quienes se admiraba.

ib. por Anales, lib. 14, cap. 44.

nes tenían que quejarse, ó debían servir de ejemplo á los demas. Por el dia el látigo y la vara hacían trabajar á estas pobres máquinas humanas, salvo el corto momento en que se les permitía tomar el alimento, que bien podeis imaginar cuál era: llegada la noche, se les ponía una cadena al cuello y á las estremidades, y despues se les encerraba con llave en subterráneos infectos, donde vosotros no querríais alojar á vuestras bestias: si el esclavo era atacado de una enfermedad grave y larga, ó se le acababa de matar ó se le abandonaba: si era una enfermedad de poca duración, se tenía algun cuidado por conservarlo como una bestia útil: cuando eran viejos y cascados, el señor que no queria hacerlos matar, ó dejarlos morir de hambre en sus dominios, los entregaba á los empresarios que los llevaban á una isla desierta. El célebre Caton, reputado por uno de los más grandes y honrados ciudadanos de su tiempo, dice en un libro que tenemos todavía, que él no quiere que se mate á los esclavos que han servido bien; pero no es necesario (es decir, que no hay obligación) que un propietario mantenga bocas inútiles; él aconseja pues, al señor, conducir sus esclavos al mercado antes de que estén decrepitos, á fin de sacar de ellos alguna plata; y lo que este excelente hombre aconsejaba á otros, la historia nos dice que él lo hacia.

En cuanto á los esclavos de las ciudades, si su

vida en lo general era menos dura, nada les garantizaba de los mas bárbaros caprichos de sus señores y su señora: la ley no se ocupaba de estas bestias. El grande señor que juzgaba á propósito hacerlos cortar en pedazos para alimentar á los peces de su estanque, no por eso era menos estimado. Nosotros vemos por los poetas cómicos, que las señoras romanas tenían por poca cosa el hacer descuartizar ó crucificar á su vista al esclavo hombre ó mujer que les habia desagradado, ó sobre el que les gustaba vengarse de los caprichos de sus maridos, ó de las infidelidades de sus amantes.

Una palabra ahora sobre las espantosas carnicerías de los anfiteatros; de lo que acaso vosotros no habeis oído hablar; tanto así se han empeñado nuestros escritores pancistas en sepultar en el olvido las abominaciones de que nos ha librado el cristianismo.

Este pueblo innumerable de esclavos, no debía llevar una vida tan afrentosa solamente para mantener á los ciudadanos y proveer á su lujo, sino que tambien debía servir para su diversion; y el divertimento mas agradable para estos monstruos, era ver multitud de esclavos despedazarse unos con otros, ó hacerse devorar por los leones, los tigres, las panteras y los osos.

Al principio, estos juegos no costaban diariamente la vida mas que á algunas veintenas de individuos; para que el combate durara mas tiem-

po, se permitia á los gladiadores cubrirse de armas defensivas; pero se disgustaban pronto de estas pequeñas carnicerías, y se obligó á los gladiadores á que se presentaran desnudos á fin de que recibieran todos los golpes, dice Séneca, el primer filósofo romano que se atrevió á criticar estos espectáculos¹. Se quitaron tambien las armas ofensivas á los que combatian con las bestias, por temor de que en lugar de ser devorados por ellas, no fueran ellos quienes las mataran, lo que habria sido una grande pérdida, y aun se dió una ley para prohibir bajo de pena de muerte el matar en Asia y en Africa á una de las bestias feroces destinadas para comer hombres en los circos y en los teatros.

El apetito viene comiendo, así fué que ya no hubo medio de dar una bella fiesta sin hacer esterminar algunos millares de estos desgraciados. Toda clase de personas, especialmente las mujeres, eran tan apasionadas por estos juegos abominables, que el ilustre emperador Trajano, principe por otra parte muy humano, creyó deber dar un espectáculo en que en un solo dia perecieron diez mil gladiadores y once mil bestias feroces². El historiador Tácito habla de otra fiesta en que murieron diez y nueve mil hombres³.

1 Ved sus cartas: carta 7^a.

2 Plinio, panegírico de Trajano.

3 Anales, lib. 12.

Vosotros habréis oído hablar, amigos míos, de un número infinito de nuestros mártires, que antes que renegar á la fé cristiana, que así como ahora tambien se llamaba supersticion, se dejaban conducir al anfiteatro para ser despedazados por los leones y los tigres. Y bien: ved aquí á los héroes que haciendo triunfar por su constancia la religion de un Dios muerto en el suplicio de los esclavos, han librado de la mas horrible esclavitud, á lo menos las diez y nueve veintenenas de la poblacion de la Europa: ved aquí á los amigos de Dios y de la humanidad, á quien vosotros, sobre todo tú, ínfimo pueblo de las ciudades, de los pueblos y de los campos, eres deudor de no ser ya una manada de bestias de carga, entregados en cuerpo y alma á una sociedad de monstruos, sedientos de placeres y de sangre.

¿Qué debeis pensar de los miserables que vienen á deciros que el grande obstáculo para la instruccion y la civilizacion de los pueblos, es la religion de Jesucristo y los que la predicán?

El Mayre. — Para mí, yo los tengo por grandes imbéciles ó pillos declarados sobre los que es necesario estar alerta; sin embargo, permitidme, señor, que os proponga una cuestion que me ocurre, y que probablemente habrá ocurrido á otros. ¿Cómo fué que en este mundo de esclavos, especialmente entre los gladiadores que eran hombres ejercitados en el manejo de las armas, no se en-

contraron algunos hombres de valor para dar á sus compañeros de infortunio la señal y el ejemplo de insurreccion? ¿Estos desgraciados eran hombres, y lo que corria en sus venas era sangre ó era agua?

Platon Polichinelle.—Vuestra pregunta, mi señor, es de las mas naturales; pero exigiendo un poco de atencion la respuesta, me permitiréis que la deje para el siguiente entretenimiento.

ENTRETENIMIENTO NOVENO.

Mr. el Mayre preguntaba al fin de nuestro último entretenimiento si las innumerables manadas de esclavos que cubrian la Europa pagana eran tan hombres para soportar pacientemente su afrentosa condicion, ó si en lugar de sangre no tenian mas que agua en sus venas. Yo tengo el honor de responderle: que la sangre no basta para hacer hombres racionales y gente de valor: el elefante, el caballo, el buey tienen mas sangre y nervios diez veces mas vigorosos que los hombres mas fuertes; sin embargo, un hombre pequeño es decir, un muchacho los conduce sin que ellos jamas le pregunten, con qué derecho este animal

ENTRETENIMIENTO NOVENO.

Por qué los esclavos eran tan sufridos. Guerras serviles. Amenidades de la familia pagana. Monstruosidad imperial. A quién debemos el fin del culto de los tígres.

Mr. el Mayre preguntaba al fin de nuestro último entretenimiento, si las innumerables manadas de esclavos que cubrian la Europa pagana, eran tan hombres para soportar pacientemente su afrentosa condicion, ó si en lugar de sangre no tenian mas que agua en sus venas. Yo tengo el honor de responderle: que la sangre no basta para hacer hombres racionales y gente de valor: el elefante, el caballo, el buey tienen mas sangre y nervios diez veces mas vigorosos que los hombres mas fuertes; sin embargo, un hombre pequeño, es decir, un muchacho los conduce sin que ellos jamas le pregunten, con qué derecho este animal